

Venimos á llevárnosle á usted. ¡Ah! santo Dios! ¡cuando pienso que ha sido una casualidad el que yo sepa todo esto! Vamos á llevárnosle á usted. Usted forma parte de nosotros mismos. Usted es su padre y el mio. No pasará usted ya en esta horrible casa ni un dia más. No se figure usted que mañana estará aquí.

Mañana, dijo Juan Valjean, no estaré aquí, pero tampoco estaré en su casa de ustedes.

— ¡Qué quiere usted decir con eso? replicó Marius. ¡Ah! pero es que ya no permitiremos más viajes. Jan'as volverá usted á separarse de nosotros. Usted nos pertenece, y no le soltaremos.

— Esta vez ya va de véras, añadió Coseta. Tenemos un coche abajo. Le arrebataré á usted; sí, haré con usted un rapto. Si es preciso, emplearé la fuerza.

Y riendo, hizo el ademán de levantar al anciano en sus brazos.

— Su habitación de usted está allí siempre preparada en casa, prosiguió Coseta. ¡Si usted supiera qué hermoso está el jardín en este momento! Las azaleas vienen muy bien. Las calles de árboles están enarenadas con arena de río: hay muchas conchitas moradas. Comerá usted de mis fresas. Yo soy quien las riego. Y no más « señora, » y no más « señor Juan, » estamos en república, todo el mundo se habla de *tú*, ¿no es verdad, Marius? El programa ha cambiado. Si usted supiera, padre, he tenido un disgusto, habia allí un jilguerito que habia hecho su nido en un agujero de la pared, y un horrible gato me le ha comido. ¡Mi pobrecito jilguero, tan bonito, que asomaba su cabecita á la ventana y me miraba! He llorado por él. ¡De buena gana habria matado al gato! Pero ahora ya nadie llora. Todo el mundo rie, todo el mundo es dichoso. Usted va á venirse con nosotros. ¡Qué contento se pondrá el abuelo! Usted tendrá su cuadro en el

jardín, y le cultivará, y veremos si las fresas de usted son tan hermosas como las mías. Y despues, yo haré todo cuanto usted quiera, y despues, usted me obedecerá bien.

Juan Valjean la escuchaba sin oírla. Oía la música de su voz más bien que el sentido de sus palabras; y entre tanto, una de esas gruesas lágrimas que son las perlas sombrías del alma brotaba lentamente de sus párpados. Entónces dijo él entre dientes:

— La prueba de que Dios es bueno, es que está ella aquí.

— ¡Padre mio! dijo Coseta.

Juan Valjean continuó:

— Es muy cierto que sería delicioso el vivir allí todos juntos. Tienen sus árboles poblados de pájaros. Yo me pasearía con Coseta. Ser de las gentes que viven, que se dan los buenos dias, que se llaman en el jardín, es una cosa en extremo agradable. Se ven desde por la mañana. Cultivaríamos cada uno un rinconcito de tierra. Ella me daría á comer sus fresas, yo la haría coger mis rosas. Sería, en efecto, una vida llena de encantos. Sólo...

Se interrumpió y dijo en tono triste y afable:

— Es lástima.

La lágrima no cayó, sino que volvió á entrar, y Juan Valjean la reemplazó con una sonrisa.

Coseta estrechó entre las suyas las manos del anciano.

— ¡Dios mio! dijo al tomarlas, sus manos de usted es tán aún más frías. ¿Está usted enfermo? ¿Sufre usted?

— ¿Yo? no, contestó Juan Valjean, estoy muy bien. Sólo...

Y se detuvo.

— ¿Sólo qué?

— Que voy á morir.

Coseta y Marius se estremecieron.



— ¡Morir! exclamó Marius.

— Sí, pero eso no es nada, dijo Juan Valjean.

Después respiró, sonrió y añadió:

— Coseta, tú me hablabas, continúa, háblame aún: ¿conque tu jilguerito murió? ¡habla, que oiga yo tu voz!

Marius, petrificado, miraba de hito en hito al anciano.

Coseta lanzó un grito desgarrador:

— ¡Padre! ¡padre mio! vivirá usted. Va usted á vivir, sí. Yo quiero que usted viva; ¡entiende usted!

Juan Valjean levantó la cabeza hácia ella con adoración.

— Oh, sí, prohibeme morir. ¡Quién sabe! Tal vez obedeceré. Muriéndome estaba ya cuando ustedes llegaron. Eso me ha detenido, me parecía renacer.

— Usted está lleno de fuerza y de vida, exclamó Marius.

¿Es que por ventura se imagina usted que se muere uno así de esa manera? Ha tenido usted penas y disgustos, pero ya no tendrá más. ¡Yo soy quien pide á usted ahora perdón, y de rodillas! Va usted á vivir, y á vivir con nosotros, y á vivir largo tiempo. Ahora mismo le recobramos á usted. ¡Aquí nos tiene usted á dos personas que no tendremos de hoy más sino un solo pensamiento, su felicidad de usted!

— Ya usted ve, repuso Coseta anegada en lágrimas, que Marius dice que no se morirá usted.

Juan Valjean continuaba sonriendo.

— Aún cuando usted me recobrara, me llevara en su compañía, señor Pontmercy, ¿esque eso haría que yo no sea quien soy? No, Dios ha pensado como usted y como yo, y él no muda de opinión; es útil que yo me vaya. Para casos como este, la muerte es el mejor de los arreglos. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Que ustedes sean dichosos, que el señor Pontmercy posea á Coseta, que el astro matutino y la aurora sean desposados, que haya en derredor vuestro, hijos míos, lilas y

y azucenas y alegres ruiseñores, que vuestra vida sea una bella pradera cubierta de sol, que todos los encantos del cielo inunden vuestra alma, y ahora, yo que no sirvo ya para nada, debo morir; es seguro que todo esto se acomoda y se armoniza perfectamente. Ya lo ven ustedes, seamos razonables, ahora ya no hay nada posible, yo distingo claramente que todo está concluido. Hace una hora, tuve un desmayo. Y además, en la noche pasada, he bebido todo ese jarro de agua que está ahí. ¡Qué bueno es tu marido, Coseta! Estás mucho mejor que conmigo.

Á este tiempo oyóse un ruido que hizo la puerta. Era el médico que entraba.

— Buenos días y á Dios, doctor, dijo Juan Valjean. Hé aquí mis pobres niños.

Marius se acercó al médico, á quien dirigió esta sola palabra: ¿Caballero?... pero en la entonación, en la manera de pronunciarla, había una pregunta completa.

El médico respondió á la pregunta con una mirada expresiva.

— Porque las cosas desagraden, dijo Juan Valjean, no es una razón para ser injustos con Dios.

Siguióse un momento de silencio. Todos tenían el pecho oprimido.

Juan Valjean se volvió hácia Coseta, y se puso á contemplarla como si quisiera estamparla para la eternidad. En la profundidad de sombra á la cual había él ya descendido, aún le era posible el éxtasis, mirando á Coseta. La reverberación de aquel rostro delicado iluminaba su pálido semblante. El sepulcro puede tener su deslumbramiento.

El médico le tomó el pulso.

— ¡Ah! ustedes son los que él necesitaba! murmuró mirando á Coseta y á Marius.



É inclinándose al oído de Marius, añadió en voz muy baja :

— Demasiado tarde.

Juan Valjean, casi sin dejar de mirar á Coseta, consideró á Marius y al médico con serenidad; y oyeron salir de su boca esta palabra apénas articulada :

— Es nada el morir; es horrible el no vivir.

De repente se levantó. Estos retornos de fuerza son á veces un señal de agonía. Fué andando con paso firme hácia la pared, apartó de sí á Marius y al médico que querian ayudarle, descolgó de la pared el pequeño crucifijo de cobre que estaba allí colgado, volvió á sentarse en su silla con toda la libertad de movimientos propia del estado de plena salud, y dijo en alta voz colocando el crucifijo sobre la mesa :

— Hé aquí el gran mártir.

En seguida se le hundió el pecho, su cabeza experimentó cierto movimiento de vacilacion, como si se apoderara de él la ebriedad de la tumba, y sus manos, apoyadas sobre sus rodillas, se pusieron á hincar las uñas en la tela de su pantalon.

Coseta le sostenia los hombros, y sollozaba de continuo, procurando hablarle sin poder conseguirlo. Entre otras palabras mezcladas con esa saliva lúgubre que acompaña á las lágrimas, distinguíanse algunas como estas : — ¡Padre! no nos abandone usted, ¿Es posible que no hayamos de encontrar á usted sino para perderle?

Podria decirse que la agonía se mueve serpeando. Va, viene, avanza hácia el sepulcro, y se vuelve hácia la vida. Hay cierto titubeo en el acto de morir.

Pasado este medio síncope, Juan Valjean se halló fortalecido, sacudió su frente como para hacer que cayeran de ella las tinieblas, y volvió á aparecer casi en su plena

lucidez. Tomó con sus dedos una manga del vestido de Coseta y la besó.

— ¡Se va recobrando! ¡doctor, se va recobrando! dijo Marius.

— Ustedes son buenos ambos, dijo Juan Valjean. Yo voy á decirles lo que me ha causado mucha pena. Lo que me ha causado grande pena, señor Pontmercy, es que usted no haya querido tocar á aquel dinero. Ese dinero pertenece legitimamente á su mujer de usted. Yo voy á explicárselo á ustedes todo, hijos míos, y aún por eso tambien estoy tan contento de verlos. El azabache negro viene de Inglaterra, el azabache blanco viene de Noruega. Todo esto se halla en este papel que aqui tienen ustedes y cuya lectura les recomiendo. Para los brazaletes ó pulseras, he inventado yo reemplazar los pasadores de chapas soldados por los pasadores de chapas sencillamente aproximadas. Es más bonito, mejor y más barato. Ustedes comprenden cuánto dinero se puede ganar con esto. Por consiguiente, la fortuna de Coseta la pertenece con justo título, como legítima propiedad. Les doy á ustedes estos detalles para que tengan el ánimo tranquilo.

La portera habia subido y se estaba mirando por la puerta entreabierta. El médico la despidió, pero no pudo él impedir que, ántes de marcharse de allí, aquella buena y zelosa mujer gritara al moribundo :

— ¿Quiere usted un sacerdote?

— Tengo uno, respondió Juan Valjean.

— Y pareció indicar con el dedo un punto encima de su cabeza, donde se diria que estaba él viendo á álguien.

Con efecto, es probable que el obispo asistiese á esta agonía.

Coseta le introdujo suavemente una almohada bajo los riñones.



Juan Valjean prosiguió diciendo :

— Señor Pontmercy, no tenga usted temor alguno, yo se lo ruego encarecidamente. Los seiscientos mil francos son verdadera propiedad de Coseta. Así, pues, yo habia perdido mi vida si ustedes no los disfrutaran! Habíamos conseguido fabricar muy bien toda esa vidriería. Rivalizábamos con lo que suele llamarse las joyas de Berlin. Pero lo que no hay posibilidad de igualar es el vidrio negro de Alemania. Una gruesa, que contiene mil doscientos granos muy bien tallados, no cuesta más de tres francos.

Cuando un sér que nos es caro va á morir, le miramos con una mirada que se afianza á él y que quisiera retenerle. Mudos de angustia, no sabiendo qué decir á la muerte, desesperados y temblorosos, ambos estaban de pié delante de él, Coseta dando la mano á Marius.

De instante en instante iba declinando Juan Valjean. Descendia y se acercaba al horizonte sombrío. Su hálito habia llegado ya á ser intermitente, entrecortado por un poco de estertor. Costábale mucho trabajo el mover su antebrazo, sus piés habian perdido todo movimiento, y al mismo tiempo que crecía la miseria de los miembros y el abatimiento del cuerpo, elevábase y se desplegaba toda la majestad del alma en su frente. La luz del mundo desconocido era ya visible en su pupila.

Su semblante palidecia, y sonreia al mismo tiempo. Ya no existia allí la vida, pero habia otra cosa. Su respiracion decaía y su mirada se engrandecia. Era un cadáver en el cual se vislumbraban ciertas alas.

Hizo seña á Coseta para que se aproximara, y despues á Marius; evidentemente era este el postrar minuto de la hora postrera, y se puso á hablarles con una voz tan débil, que parecia venir de léjos. Diríase que desde este momento habia una muralla entre ellos y él.

— Acércate. acercaos ambos. Yo os quiero mucho.

¡Oh! ¡qué bueno es morir de esta manera! Tú tambien me quieres. Coseta mia. Bien sabia yo que siempre tenia tu afeccion y amistad por tu pobre viejo. ¡Qué bien has hecho, hija mia, en ponerme esta almohada aqui bajo los riñones! Me llorarás un poco, ¿es verdad? No demasiado. Yo no quiero que tengas grandes penas. Será preciso que tratéis de distraeros y de divertirlos mucho, hijos míos. Habia olvidado deciros que en las hebillas sin clavillo se gana aún más que en todos los demas artículos. La gruesa, es decir, las doce docenas, salia á diez francos, y se vendia á sesenta. Era en verdad aquel un buen comercio. Así que no hay que extrañarse de los seiscientos mil francos, señor Pontmercy. Es dinero honrado. Pueden ustedes disfrutar de sus riquezas tranquilamente. Será menester que tengan un coche, de vez en cuando palco en los teatros, bonitos trajes de baile. Coseta mia, y despues, dar buenas comidas á vuestros amigos, ser muy dichosos. Hace poco escribia yo á Coseta. Ya hallaréis por ahí mi carta. Á ella es á quien lego los dos candeleros que están aqui sobre la chimenea. Son de plata; pero para mi son de oro, son de diamantes; transforman en cirios las velas de sebo que en ellos se ponen. Yo no sé si el que me los dió está contento de mi allá en el cielo. Yo he hecho todo cuanto he podido. Hijos míos, no olvidaréis que soy un pobre, me haréis enterrar en el primer rincón de tierra que se hallare bajo una piedra que sirva para indicar el sitio de mi sepultura y nada más. Tal es mi voluntad. Ningun nombre se inscribirá sobre la piedra. Si Coseta quiere venir alguna vez á visitarme un momento, me dará un gran placer. Y usted tambien, señor Pontmercy. Es menester que yo le confiese á usted que no siempre le he querido bien; le pido á usted que me perdone. Ahora, ella y usted, no son sino una sola y misma persona para mí. Le estoy á usted



muy agradecido. Conozco que hace usted dichosa á Coseta. Si usted supiera, señor Pontmercy, sus bellas y rosadas mejillas eran toda mi alegría; cuando la veía algo pálida, me ponía triste. En la cómoda hay un billete de quinientos francos. No he tocado siquiera á esa suma, la cual será para los pobres. Coseta, ¿no ves, allí sobre la cama, tu vestidito negro? ¿te acuerdas de él? Sin embargo, no hace más de diez años; pero eras tan niña! ¿Cómo pasa el tiempo! Hemos sido muy dichosos. Ya todo ha concluido para mí. Hijos míos, no lloréis, yo no me ausentaré mucho, y os veré desde allá arriba. No tendréis más que mirar cuando sea de noche, y me veréis sonreír. Coseta, ¿te acuerdas tú de Montfermeil? Ibas por el bosque, tenías mucho miedo; ¿no recuerdas cuando te tomé el asa del cubo de agua? Aquella fué la primera vez que yo toqué tu pobre manita. ¡Estaba tan fría! ¡Ah! en aquel tiempo tenía usted las manos muy encarnadas, señorita; ahora las tiene usted muy blancas. ¡Y tu grande muñeca! ¿no te acuerdas de ella? La llamabas Catalina. ¡Sentiste mucho no podértela llevar contigo al convento! ¡Cuántas veces me has hecho reír, mi ángel idolatrado! Cuando había llovido, embarcabas en los arroyos unas briznas de paja, y te divertía mucho el verlas correr sobre el agua. Un día te di una raqueta de mimbre, y un volante con plumas amarillas, azules y verdes. Tú ya has olvidado todo esto. ¡Eras una niña tan viva y tan graciosa! Te gustaba mucho jugar. De todo sacabas partido. Te ponías cerezas en las orejas. Todas estas son cosas del tiempo pasado. Los bosques que ha atravesado uno con su niña, los árboles bajo los cuales se ha paseado, los conventos donde se ha ocultado, los juegos, las risas deliciosas de la infancia, todo esto ya es sombra, y nada más. Y yo me había imaginado que todo eso me pertenecía. Tal era mi necesidad, tal mi ilusión! Esos Thénar-

dier han sido muy malos. Es preciso perdonarlos. Coseta, hé aquí llegado el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantina. Conserva este nombre en tu memoria: Fantina. ¡Arrodíllate cada vez que le pronuncies. Mucho sufrió aquella infeliz criatura! Muchísimo te amaba. Fué ella tan desdichada, cuanto eres tú dichosa. Así distribuye Dios la gracia y la desgracia en el mundo. Él está allá arriba, nos ve á todos, y sabe lo que hace en medio de sus grandes constelaciones. Voy, pues, á dejáros, hijos míos. Amaros siempre mucho. No hay otra cosa en este mundo que: amarse. Alguna vez pensaréis en el pobre viejo que ha muerto aquí. ¡Oh, Coseta mía! no tengo yo la culpa, no, si he dejado de verte en todo este tiempo, eso me partía el corazón; todos los días llegaba hasta la esquina de vuestra calle; debía yo hacer una rara figura á los ojos de las gentes que me veían pasar; estaba como loco, una vez salí sin sombrero. Hijos míos, hé aquí llegado el momento terrible desepararme de vosotros para siempre, ya no veo muy claro, aún tenía muchas cosas que deciros, pero es igual. Pensad un poco en mí. Vosotros sois unos seres benditos. No sé lo que tengo, veo una grande luz. Acercaos aún más á mí. Muero dichoso. Dadme vuestras hermosas cabezas muy amadas, para que yo ponga mis manos sobre ellas.

Coseta y Marius cayeron de rodillas, desatinados, ahogados por el llanto, cada uno sobre una mano de Juan Valjean. Aquellas manos augustas no tenían ya movimiento.

Hallábase inclinado hácia atrás, el resplandor de los dos candeleros le iluminaba; su blanco rostro miraba al cielo, y dejaba á Coseta y Marius cubrir sus manos de besos: estaba muerto.

Era una noche sin estrellas, profundamente oscura. Sin duda, allá en la sombra, algún ángel inmenso se hallaba de pié, con sus alas desplegadas, esperando el alma.



## VI

### LA YERBA OCULTA Y LA LLUVIA BORRA

En el cementerio del Père-Lachaise, en las cercamás de la fosa comun, léjos del barrio elegante de aquella ciudad de los sepulcros, léjos de todas esas tumbas fantásticas que ostentan en presencia de la eternidad las modas horrendas de la muerte, en un rincón desierto, á lo largo de una pared vetusta, bajo un tejo corpulento por el cual trepan la hiedra y las amapolas, entre la grama y el musgo, hay una piedra. Esta piedra no se halla más exenta que las otras de las lepras del tiempo, del enmohecimiento, del líquen, y del fiemo de las aves. El agua la enverdece, y la ennegrece el aire. No pasa cerca de ella ninguna senda, y nadie quiere ir hácia aquel lado, porque la yerba allí es muy alta, y en seguida se sienten los piés mojados. Cuando hace un poco de sol, van allí los lagartos. En derredor de aquel paraje, se agitan como

en continuo estremecimiento bosquecillos de avena silvestre. En la primavera, cantan las calandrias en el árbol.

Aquella piedra está enteramente desnuda. Al tallarla, no se ha pensado en otra cosa que en lo necesario para la tumba, sin cuidarse más que de que la piedra fuese bastante larga y bastante estrecha para cubrir á un hombre.

Ningun nombre se lee sobre ella.

Sólo que, hace ya muchos años, una mano escribió allí con lápiz estos cuatro versos que poco á poco se iban haciendo ilegibles bajo la doble acción de la lluvia y del polvo, y que probablemente están hoy ya borrados:

*Il dort. Quoique le sort fût pour lui bien étrange,  
Il vivait. Il mourut quand il n'eut plus son ange;  
La chose simplement d'elle-même arriva,  
Comme la nuit se fait lorsque le jour s'en va <sup>1</sup>.*

<sup>1</sup> Duerme. Bien que la suerte fuese para él bien extraña, vivió; pero falleció cuando se vió privado de su ángel. Sucedió esto de un modo natural y sencillo, á manera que viene la noche cuando se va el día.